

LA MUSICA Y EL NIÑO

P O R

Carlos Tsamitt

Liremos a tientas por este sendero delicadísimo, inexplorado y maravilloso, por el que podremos acercarnos a vislumbrar tal vez algo del acontecer musical primero en el niño.

¿Cuándo comienza a generarse la música en el niño? He aquí uno de los objetivos de este ensayo, en que hemos de considerar observaciones recogidas directamente de niños, durante los dos primeros años de vida.

La Psicología objetiva se ha aventurado en los últimos años, a establecer algunas observaciones relacionadas con la capacidad musical a partir de dos y tres años de edad. Se ha reconocido que las actividades artísticas: música y dibujo (las más tempranas en manifestarse) no son en manera alguna demostraciones de talento específico en el niño; sino, por lo general, expresiones de agudeza mental despierta que, para llegar a expresarse, se encauza por estos medios, que son los más adecuados a esa etapa del desarrollo.

Sabemos, por lo demás, que la formación del oído comienza desde las primeras semanas de la vida, antecediendo a la sonrisa; que suele aparecer en el niño, cuando se le habla, entre el segundo y tercer mes, como primera reacción específica de carácter social.

El niño no produce música aún, en este período; pero penetra en él con los fenómenos sonoros que le llegan del exterior, con las variadísimas inflexiones alegres, dulcemente tiernas que profiere la madre cuando lo mantiene entre sus brazos.

Aunque las frases cariñosas de la madre no sean a veces propiamente cantos determinados, son, en realidad, música, sonidos diferentes y también de timbre diferencial.

Alrededor de los cinco meses, el niño sano ya ha alcanzado un desarrollo considerable de reacciones positivas a estímulos externos (actividad dirigida hacia los demás), ha aumentado también el caudal de movimientos libres de su cuerpo, los que desde el nacer se generan como reacciones a estímulos internos (actividad orgánica), evolucionando a verdadero goce funcional.

Ambas actividades: la estimulada y la espontánea, suelen acompañarse en este período de balbuceos vocales, más claramente emitidos que los que aparecen en el segundo o tercer mes. En ellos encontramos las primeras manifestaciones musicales propias del niño. Son inflexiones cortas de la voz, que surgen asociadas a los

movimientos laterales del cuerpo, de los brazos y piernas, precursoras del gatear.

Estos primeros sonidos espontáneos insinúan las vocales: (a), (e) a veces la (u), combinaciones silábicas, como: (ai), (ei), (ie) y también con la primera consonante: (ta), (tai), (eta).

Es posible escucharlas casi siempre después que el niño ha tomado su alimento y se encuentra de nuevo en su cuna moviéndose, tornando de un lado a otro, entregado a reacciones emocionales placenteras, a sus movimientos de exploración; persiguiendo, a veces, los dedos de uno de sus propios pies, con aire de contentamiento y también, en ocasiones, cuando no ejercita ninguna otra actividad.

He aquí algunos de los motivos musicales anotados del niño D, de cinco meses, cuyos padres no son extraños al cultivo de la música:

1) *e - a*
 2) *e - ia*
 3) *ei - e-ta*
 4) *au - a*
 5) *ai - a*

Como una frase suspirada:

6) *ei - ia*

Observando estas inflexiones musicales, sorprendemos que la mayor parte tienden a descender, muestran una acentuación que coincide con la mayor altura; lo que nos induce a relacionarlas con una de las características del canto folklórico más primitivo; que empieza generalmente en una nota alta, acentuada con el impulso de la emisión de la voz y va descendiendo hasta el reposo de una nota más baja. Puede constatar, además, que el niño crea, a veces, diptongos, sílabas; que realiza a intervalos de 2.^a, 3.^a, 5.^a. Y también marchas cromáticas, en una gama comprendida entre el Re bemol y el Si bemol medios.

¿Qué ha impulsado al niño a esta primera reacción de actividad musical? ¿Ha sido el contentamiento o situación interna de bienestar, al encontrarse de nuevo entre las ropas tibias de su cuna?

En todo caso, estas manifestaciones, reflejos auditivos, ya que son espontáneas y en las cuales no ha podido darse intervención consciente, demuestran el buen estado orgánico del niño.

Comúnmente los familiares suelen interrumpir o no estimular esta actividad, sobre todo, cuando llega a ser más frecuente con el avance de la edad, sin imaginar que se hace con ello un mal inmediato y de consecuencias futuras, ya que ella es necesaria al desarrollo psíquico infantil.

¿Cuándo aparece actividad musical más cercana a experiencia consciente, en un niño que no haya sido estorbado o perturbado en su desarrollo natural?

Si no es del todo posible una precisión absoluta, podemos, sin embargo, basándonos en observaciones directas y continuadas, asegurar que esta evolución tan importante principia a efectuarse durante los últimos meses del primer año.

Con la salida de los dientes, coincidiendo con los cambios que caracterizan esta etapa; sobrevienen también manifestaciones circunscritas al uso de la voz. El niño empieza a imitar sonidos que escucha, a entretenerse con mayor frecuencia con el juego de su propia voz, a articular algunas palabras en que dominan las vocales ya usadas. Con ellas acompaña nuevas frases musicales que suele repetir y aún variar un tanto y que son de su invención espontánea.

Alrededor de los ocho a diez meses, el niño recoge un caudal más extenso y vario de sensaciones promovidas por estímulos externos. Su actividad psíquica ha ido experimentando también cambios notorios en el sentido de la atención y de las reacciones más conscientes.

Muchas veces, en viajes en tren, es posible ver niños de esta edad que al sentir el estímulo inesperado del pitazo de la locomotora, exteriorizan en la actitud y el gesto la emoción despertada y luego imitan el sonido.

La enorme diversidad de los estímulos que provocan sus reacciones son, ahora también, los agentes inestimables del desarrollo de su oído, tanto en el sentido del sonido como en el del ritmo.

Sones de campanas, cantos de pájaros, bramidos de animales, tic-tac de reloj, movimientos de ramajes por el viento, toques de instrumentos, cantos o gritos de las gentes, etc. mueven su interés, van enriqueciendo sus capacidades de reacción original y promoviendo satisfacciones de orden intelectual. ¡Qué enorme complejidad de sensaciones auditivas y de otras especies van entrando en el pequeño cerebro infantil!

Durante los dos últimos meses del primer año, el niño ya ha encontrado la manera de realizar música como tal vez lo hizo el hombre primitivo: imitando fenómenos de la naturaleza. Pero no sólo se limita a esta creación, en que participa el impulso imitativo, se abandona también en las más variadas circunstancias, con ardimiento gozoso a las posibilidades de su propia invención.

Algunos ejemplos, anotados directamente del niño M., desde la edad de diez meses, podrían sugerirnos algo de esta trayectoria musical infantil.



Estos ejemplos algo emparentados, fueron sorprendidos en varias ocasiones, a veces al concluir sus comidas o mientras el niño se entretenía solo, jugando con algunos objetos pequeños. Estos verdaderos períodos musicales (ej. 8, 9) fueron empleados en la misma forma, de ritmos, acentos y sílabas, durante algún tiempo.

Examinando las expresiones usadas, se advierte que el niño al realizarlas se encontraba en la etapa onomatopéyica y la nominativa del lenguaje, en la cual la palabra viene a sustituir a la acción y que sucede, mezclándose a menudo, a la que se denomina mímico-emocional. «Ototoyó», parece reemplazar «a cayó» o «se cayó», fué usada durante bastante tiempo, tanto en su música como para significar la caída de alguna cosa.

Comparando estos ejemplos con los anteriores, pueden comprenderse también otros aspectos del desarrollo íntimo del niño. Los motivos son ahora ascendentes, se repiten y forman verdaderas frases, el acento tónico ha tomado también un sitio diferente, la gama ha ganado en extensión y altura; alcanzando hasta el Re, en el agudo y han aparecido además las posibilidades de algunas figuraciones rítmicas combinadas.

En el campo imitativo, ha aumentado la habilidad y la aptitud receptiva, surgiendo algunas expresiones onomatopéyicas, aplicadas

como reemplazantes de las acciones que las provocaron y no como nombres para representar las cosas. Así los sonidos: *ohc... ohc...* sirvieron a este niño para sustituir e imitar el gruñido habitual del cerdo, «cococo» para el cantar del gallo, «uumaaa» para el bramido de las vacas.

Los ejemplos que analizaremos ahora, tomados del mismo niño M., entre el final del primer año de edad y la mitad del segundo, en que dominan los irresistibles impulsos de traslación que vienen a ayudar la ejercitación de las funciones sensoriales, permitiendo impresiones nuevas de un universo cada vez más extenso, vendrán a servirnos para intuir mejor la evolución progresiva de la actividad musical.

Una mañana, mientras se le vestía, repitió muchas veces:

10). 

e . to ni cha - chi ño chi . no ño chi . no

«Eto» es la palabra esto y «ñodriño», tal vez, noche; «ni chachi», no consiente presumir su significación.

Otro día antes de recibir un dulce ofrecido, el júbilo manifiesto en su semblante y en sus movimientos corporales fué acompañado de esta música:

11). 

ma . mai . ta ma - maita mamai . ta mamaita

«Mamaíta», es el nombre que dió primero a las manzanas, luego lo aplicó a toda fruta y a veces también a otras cosas apetitosas, cuyo nombre no formaba aún parte de su vocabulario.

Al despertar otro día (el niño dormía solo en su pieza), se le escuchó repetidas veces esta frase curiosa, en cierto modo bastante emparentada con la 9.^a

12). 

e . to no es ca . lli co . co ma - ma ma - ma ma ma ma ma

«Cocó» es la expresión onomatopéyica empleada para el canto del gallo. Algunas veces varió algo los elementos finales, cantando:

12) 
e - to no es Ca-lli cu-có, ma-ma, ma-ma, ma-ma, ma-ma.

El entusiasmo despertado por la invitación a salir de paseo, le hizo prorrumpir en esta frase:

13) 
ya, ya, ya. la, la, la, ya, ya

Otra mañana, al levantarlo, repitió todo el tiempo:

14) 
e la ya, ya, e la mu-na

Con la expresión «muna», designaba la luna.

Si consideramos las palabras unidas a la música de estos ejemplos, tendremos evidencias del proceso evolutivo del lenguaje.

A los balbuceos onomatopéyicos de los ejemplos 7, 8, y 9, han seguido algunas expresiones que no alcanzan la forma definitiva ni el carácter representativo (ej. 10), una que otra que tiene este carácter, (ej. 11), en el ejemplo 12, la palabra «mamá» y «muna», en el ejemplo 14; algunas combinaciones con vocablos onomatopéyicos, ej. 12, y también sílabas puramente eufónicas; ej. 13 y 14.

En la sucesión de las expresiones articuladas no se advierte aún conexión lógica, aunque se manifiestan algunos indicios de esta posibilidad futura, (ej. 12 «esto no es calli coco»).

Musicalmente no es menos interesante el proceso evolutivo. Los ejemplos 10, 11, 12, 13 y 14 son frases binarias, en que los dos elementos que las constituyen, a pesar del contraste rítmico y de impulso ascendente y descendente que presentan, tienen, sin embargo, el sentido de pensamientos perfectamente lógicos. Esto nos inclina a pensar que tal vez el contenido del lenguaje musical se organiza espontáneamente en el niño, más pronto que el del lenguaje hablado.

El hecho de anotar las circunstancias diversas en que este niño producía su música, nos consiente precisar los estímulos que en este

momento de su desarrollo, han provocado su actividad creativa jubilosa. Casi siempre, ha sido reacción inmediata a motivos externos, a insinuaciones de otra persona (ej. 10, 11, 13 y 14), pero también ha surgido de estados internos, como recreación acústica, memorizante y siempre previa una situación placentera.

Las combinaciones de figuras rítmicas se han enriquecido, siendo empleadas con tan espontánea propiedad que al no haber escuchado directamente estas frases musicales y sometido su anotación a estricto control, tal vez dudáramos que ellas fueran creación de un niño de su edad.

A esta forma de música creada por el niño, en este período, deben agregarse sus creaciones imitativas que han devenido más frecuentes, las reacciones rítmicas a música o sonidos escuchados, la atención concentrada en ejecuciones musicales ocasionales, y los intentos propios de producir sonidos en objetos diversos: en platos, cucharas, copas; en piano, violín; en alambres o cuerdas estiradas, campanillas, etc.

El niño, que permanece ajeno a toda enseñanza sistematizada, ha llegado, sin embargo, a poseer: hábito musical, consumo, producción original y cierta sed de música.

Toda esta riqueza íntima de experiencias, que se ha ido construyendo paralelamente a las demás adquisiciones vitales, seguirá agrandándose siempre, mientras no intervengan obstáculos o factores que se opongan a su desenvolvimiento natural.

Esta evolución ulterior y los diversos factores ambientales que suelen actuar junto a ella, han de ser motivos de un próximo intento.

Los datos que suministra el proceso evolutivo materia de este ensayo, no permiten aseveraciones generalizadoras, ya que faltaría para ello estudio semejante de un buen número de niños. No obstante, tienen validez de documentación auténtica infantil y, como tal, nos ayuda a penetrar, con cierta prudencia, en la iniciación del maravilloso acontecer musical humano.